

La verdad contra la tradición

(Marcos 6.53—7.30)

Joe Schubert

En el musical «El violinista en el tejado», el personaje principal comienza la obra cantando la canción «Tradición». Toda la comunidad judía fue construida sobre antiguas e indestructibles tradiciones del pasado. El tema no expresado abiertamente del musical es cómo estas anti-quísimas tradiciones estuvieron siendo desarraigadas, alteradas y puestas en peligro por todos los disturbios de la época. Subrayaba la pena, el dolor y los apuros que sobrevienen cuando se trastornan las tradiciones.

La anterior parece indicar una escena del evangelio de Marcos, que traza un brutal contraste entre Jesús y los escribas y fariseos. El ministerio de Jesús estaba lleno de hombres y mujeres amorosos y dispuestos a ayudar que estaban por todo lado; mientras que los escribas y fariseos vinieron armados con sus tradiciones, buscando detener el ministerio de nuestro Señor.

Las palabras con que termina Marcos 6 describen la clase de ministerio en el que Jesús se ocupaba. Marcos narra:

Terminada la travesía, vinieron a tierra de Genesaret, y arribaron a la orilla. Y saliendo ellos de la barca, en seguida la gente le conoció. Y recorriendo toda la tierra de alrededor, comenzaron a traer de todas partes enfermos en lechos, a donde oían que estaba. Y dondequiera que entraba, en aldeas, ciudades o campos, ponían en las calles a los que estaban enfermos, y le rogaban que les dejase tocar siquiera el borde de su manto; y todos los que le tocaban quedaban sanos (vers.^{os} 53–56).

El anterior es una hermosa imagen de esta fase del ministerio de nuestro Señor. La gente le traía sus enfermos a Jesús para que pudieran tocar el borde de Su manto. Y Marcos dice que «todos los que le tocaban quedaban sanos».

I. LA TRADICIÓN Y DIOS (7.1–8)

En contraste con la anterior escena, Marcos avanza al relato acerca de un grupo de fariseos que habían venido a Galilea a investigar a Jesús y su ministerio. Los primeros cuatro versículos del capítulo 7 describen la nueva escena:

Se juntaron a Jesús los fariseos, y algunos de los escribas, que habían venido de Jerusalén; los cuales, viendo a algunos de los discípulos de Jesús comer pan con manos inmundas, esto es, no lavadas, los condenaban. Porque los fariseos y todos los judíos, aferrándose a la tradición de los ancianos, si muchas veces no se lavan las manos, no comen. Y volviendo de la plaza, si no se lavan, no comen. Y otras muchas cosas hay que tomaron para guardar, como los lavamientos de los vasos de beber, y de los jarros, y de los utensilios de metal, y de los lechos.

Este párrafo presenta el poder y el efecto de las tradiciones. Evidentemente, había corrido la voz de la fama de Jesús. Los sumos sacerdotes y los dirigentes de los judíos en Jerusalén, estaban molestos por estos informes. Vinieron con el propósito específico de encontrar algo en el ministerio de Jesús que ellos pudieran usar para oponérsele. Encontraron lo que buscaban cuando vieron que Jesús y Sus discípulos incumplieron cierta tradición. Si ellos lograban señalar esta omisión claramente al pueblo, podían volver las multitudes en contra de Jesús. ¡Cuán importante eran las tradiciones para el pueblo judío! Los judíos decían: «Las tradiciones deben observarse cualesquiera que sean las circunstancias».

La tradición que esta gente eligió para sacar provecho fue esta: el lavamiento de manos antes de comer, de conformidad con lo prescrito. Cuando observaban a Jesús y a Sus discípulos, vieron que algunos de ellos no seguían lo prescrito para lavarse las manos antes de comer. A los fariseos les

molestaba esto. No estaban hablando de lavamiento con fines higiénicos; sino de una tradición. Según los judíos, uno podía haberse lavado las manos con el jabón más excelente que hubiera disponible, podía habérselas restregado tal como haría un cirujano en preparación para una cirugía, y aun así no estar puras desde el punto de vista ceremonial.

Era una rígida costumbre entre los judíos lavarse las manos de cierta manera. En primer lugar, extendían sus manos con la palma hacia arriba, apuntando ligeramente hacia abajo. Mientras el agua era vertida sobre una mano, el puño de la otra se usaba para restregar la palma de la primera. Luego, con el agua todavía siendo vertida sobre sus manos, la otra mano se lavaba de la misma manera. Después, daban vuelta a sus manos, y con los dedos apuntando hacia abajo, hacían que se les vertiera agua sobre ambas manos para quitar el agua contaminada que quedara del primer restregado. A menos que se siguiera esta ceremonia ritualista, uno era considerado inmundo. Una persona podía estar limpia desde el punto de vista de la higiene, y sin embargo estar inmunda desde el punto de vista ritualista y ceremonial. Tan profundamente arraigado estaba esto en los judíos, que cuando a un rabino se le encarcelaba por algún delito, él usaba el agua de beber que le traían a su solitaria celda, para lavarse sus manos según prescribía la ceremonia, y casi se moría de sed.

Estas tradiciones, supongo, dieron comienzo de una manera correcta. Por ejemplo, eran sencillamente un intento por aplicar la ley de Moisés. El libro de Levítico sí estipulaba ciertos lavamientos que debían hacerse con el fin de enseñarle al pueblo cómo manejar el pecado. Éste era el propósito de tales observancias externas de la ley de Moisés. Su verdadera razón era más profunda que la ceremonia externa en sí. Pero los sacerdotes judíos comenzaron a hacer ciertas sugerencias en cuanto a la manera correcta como debían lavarse las manos, y más adelante se agregaron interpretaciones de las interpretaciones. Así, transcurridos algunos años, un cúmulo de tradiciones se erigió, las cuales explicaban en detalle cómo debían llevarse a cabo las estipulaciones de la ley. Este cúmulo de interpretaciones se conoce como la ley oral de Moisés.

Este pasaje de Marcos menciona también el lavamiento de vasos de beber, de jarros y de utensilios, que podían volverse inmundos. La Misná, la tradición judía escrita, incluye no menos de doce largos tratados sobre esta clase de inmundicia, detallando qué clase de utensilios podían volverse inmundos. Una mesa de cuatro

patas podía volverse inmunda, pero no así una de tres patas. Por cierto que la palabra griega que se traduce por *lavamientos* en este pasaje de Marcos, es la misma palabra griega de la que proviene la palabra *bautizar*. Ambas palabras transmiten la idea de sumergir completamente un objeto en agua, no la de solamente rociar.

Para los escribas y fariseos, estas reglas y normas constituían la esencia absoluta de la religión. El observarlas equivalía a agradecer a Dios. El violarlas equivalía a pecar. Jesús y estas personas hablaban dos idiomas diferentes. Jesús no tenía necesidad alguna de estas rígidas tradiciones humanas. La idea de religión de Jesús era muy diferente de la de los escribas y fariseos.

Por lo tanto, Jesús reprendió a sus acusadores en el siguiente tramo de versículos:

Le preguntaron, pues, los fariseos y los escribas: ¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos inmundas? Respondiendo él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres (vers.^{os} 5-8).

En este mordaz pasaje, Jesús está en realidad acusando a los escribas y fariseos de dos pecados específicos.

Primero, dice que eran culpables del pecado de la hipocresía. En palabras de Isaías, dijo: «Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí». El judío legalista de los tiempos de Jesús, podía abrigar odio para con su semejante, envidia, celos, conflictos, amargura e ira en su corazón, pero se consideraba justo si cumplía las tradiciones de los ancianos. El legalismo de entonces, y de hoy día, tiende a hacer énfasis en las acciones externas de los hombres, pero hace caso omiso del corazón. Sin embargo, el corazón del cristianismo es el corazón. Hace mucho tiempo, Samuel dijo: «El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón» (1^o Samuel 16.7). El cristianismo no debe identificarse con acciones religiosas externas. Un buen hombre es el resultado de un buen corazón. La pregunta fundamental es esta: ¿Cuál es la condición del corazón de una persona para con Dios? Si la ira, la amargura, el resentimiento, los celos, la envidia y los conflictos moran en nuestros corazones, ninguna de las observancias religiosas será agradable a Dios. Esto es lo que Jesús estaba diciendo acerca de los fariseos.

En segundo lugar, dijo que estos judíos legalistas les dieron a sus tradiciones humanas la misma autoridad que tiene la Palabra de Dios. Dijo: «Pues en vano me honran enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres» (vers.º 7). Estos judíos habían cometido el error de concederles a las ingeniosas interpretaciones de sus expertos legales la misma importancia que tiene lo que Dios mismo ha dicho. Me asombra cuando leo los evangelios la franqueza del discurso de Jesús. Marcos 7 es un ejemplo al respecto. De hecho, en el paralelo de Mateo en Mateo 15, Mateo dice que después de este incidente, los discípulos vinieron a Jesús y dijeron: «Jesús, ¿sabes que ofendiste a los fariseos?». Sí, los ofendió. Lo hizo con pleno conocimiento de lo que estaba haciendo. Si Jesús estuviera enseñando entre la gente religiosa de nuestros tiempos, ¿haría Él la misma reprensión de las doctrinas y prácticas religiosas de nuestra época? ¿En qué parte de Su Santo Libro ha mandado nuestro Dios los actos y tradiciones que hombres y mujeres están practicando y promoviendo hoy día bajo el disfraz de religión? ¿Dónde está la autoridad para las numerosas doctrinas humanas que los hombres han introducido en la religión? ¿Qué diría Él acerca de las innumerables opiniones humanas que han sustituido las enseñanzas claras de la Palabra de Dios? El Espíritu Santo incluso anunció que esta precisa clase de apostasía sucedería. En 2ª Timoteo 4.3–4, dijo: «Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas».

II. TRADICIONES Y RELACIONES (7.9–13)

En el siguiente tramo de Marcos 7, Jesús recrea un vívido cuadro de lo que el tradicionalismo produce en las relaciones básicas con las personas más queridas de uno. Subraya el punto con una vívida ilustración acerca de los padres de uno. Dice en los versículos 9 al 13:

Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición. Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Basta que diga un hombre al padre o a la madre: Es Corbán (que quiere decir, mi ofrenda a Dios) todo aquello con que pudiera ayudarte, y no le dejáis hacer más por su padre o por su madre, invalidando la palabra de Dios con vuestra tradición que habéis transmitido. Y muchas

cosas hacéis semejantes a estas.

La ley de Moisés decía: «Honra a tu padre y a tu madre». Ese mandamiento significaba mucho más que simplemente ser corteses para con ellos. También significaba cuidar de ellos, especialmente cuando envejecían.

Los judíos habían inventado una ingeniosa manera de evadir responsabilidades de parentesco. Jesús la llamó una manera inteligente de dejar el mandamiento de Dios. Decían del dinero que debían haber usado para ayudar a su padre y a su madre: «Es Corbán». *Corbán* es una palabra aramea que significa dedicado a Dios. Decían: «Me gustaría ayudarles, madre y padre, pero sencillamente no puedo porque el dinero que iba a usar para ayudarles ha sido dedicado a Dios. Ustedes no van a querer que tome dinero que le he dado a Dios y se los dé a ustedes».

Cuando un objeto se declaraba Corbán, ya no podía ser usado para propósitos corrientes. Pertenece a Dios y el voto era irrevocable. Los judíos evadían el cuidado de sus padres, usando esta tradición. Si un hombre declaraba Corbán sus recursos, es decir, los dedicaba a Dios, entonces tales recursos no podían ser usados para ayudar a sus padres. El voto era irrenunciable y le daba así licencia para la irresponsabilidad.

Los judíos no entendían la profunda verdad en el sentido de que todo en la vida es Corbán o dedicado a Dios. Jesús insistía en que la forma de dedicar algo a Dios era usándola para llenar necesidades humanas. Jesús estaba muy seguro de que cualquier regla o norma que le impida a una persona ayudar a otra que tiene una verdadera necesidad, era una total contradicción de la voluntad de Dios. Nada que nos impida ayudar a otro ser humano puede jamás ser una regla aprobada por Dios. Esta es la razón por la que carece tanto de sentido la doctrina que dice: «No le pueden hacer una transfusión de sangre a mi hijo moribundo, porque es contra la voluntad de Dios». Nada puede estar más alejado de la verdad de la Palabra de Dios.

III. LA TRADICIÓN Y EL CORAZÓN (7.14–23)

Jesús aborda la causa de todo esto. Dijo: «El problema está en el corazón». En los versículos 14 al 23, leemos:

Y llamando a sí a toda la multitud, les dijo: Oídme todos, y entended: Nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre. Si alguno tiene oídos

para oír, oiga. Cuando se alejó de la multitud y entró en casa, le preguntaron sus discípulos sobre la parábola. Él les dijo: ¿También vosotros estáis así sin entendimiento? ¿No entendéis que todo lo de fuera que entra en el hombre, no le puede contaminar, porque no entra en su corazón, sino en el vientre, y sale a la letrina? Esto decía, haciendo limpios todos los alimentos. Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre.

Aunque no parezca así ahora, la primera vez que este pasaje se habló, fue completamente revolucionario. Jesús acababa de discutir con los expertos de la ley acerca de las interpretaciones tradicionales de la ley. Había demostrado la completa irrelevancia del lavamiento ritualista de manos. También había demostrado cómo la férrea adherencia a las tradiciones puede dar como resultado que uno viole completamente la ley de Dios. Pero en este pasaje dijo algo aún más llamativo. Declaró que nada de lo que entra en el hombre puede en modo alguno contaminarle, pues todo lo que entra en él es recibido solamente en el cuerpo y no en el corazón. Ningún judío creía esa verdad entonces, ni ningún judío ortodoxo la cree hoy día. Levítico 11 presenta una larga lista de animales que eran inmundos y que se prohibía comerlos. El judío no podía introducir la carne de tales animales en su cuerpo porque eran inmundos. Las palabras de Jesús en Marcos 7 borraron con un solo gesto las distinciones entre lo limpio y lo inmundo que habían gobernado el comportamiento judío por cientos de años. No es de extrañar que estuvieran asombrados. En efecto, Jesús estaba diciendo que los objetos y los animales no podían ser ni limpios ni inmundos. Lo único que podía llegar a ser inmundo era la persona, y la única manera como una persona podía llegar a ser inmundada era por lo que hacía o pensaba. Esta era una doctrina radicalmente nueva.

A Dios le interesaba la pureza espiritual interna. Jesús insistió en que la pureza moral y espiritual es mucho más importante que cualquier observancia externa.

IV. LA TRADICIÓN Y LA NECESIDAD HUMANA (7.24-30)

Marcos pasa a informar acerca de otro suceso, que a primera vista parece tener que ver con un tema totalmente diferente. Pero no es así. Tiene

que ver exactamente con lo mismo que se ha estado hablando. Vea si puede captar la relación en los versículos 24 al 30:

Levantándose de allí, se fue a la región de Tiro y de Sidón; y entrando en una casa, no quiso que nadie lo supiese; pero no pudo esconderse. Porque una mujer, cuya hija tenía un espíritu inmundo, luego que oyó de él, vino y se postró a sus pies. La mujer era griega, y sirofenicia de nación; y le rogaba que echase fuera de su hija al demonio. Pero Jesús le dijo: Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. Respondió ella y le dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos. Entonces le dijo: Por esta palabra, ve; el demonio ha salido de tu hija. Y cuando llegó ella a su casa, halló que el demonio había salido, y a la hija acostada en la cama.

¿Cuál es la relación? El relato sobre la hija de la mujer sirofenicia se relaciona con lo que acababa de ocurrir, porque se da otra impetuosa desviación de la tradición aceptada de aquel tiempo. Este es un sermón demostrativo de Jesús. Jesús entró a propósito en territorio gentil para declarar con su viaje que había venido a buscar, a salvar y a amar a todos. Deliberadamente entró en un país gentil como una parábola viviente, como un sermón viviente.

Una mujer gentil lo buscó y le rogó que sanara a la hija de ella. A primera vista, la respuesta de Jesús raya en lo severo. Dijo en el versículo 27: «Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos».

Deseo decir tres verdades acerca de la respuesta de Jesús, verdades que nos ayudarán a entenderla mejor. Primero, estoy completamente convencido de que este diálogo entre Jesús y la mujer gentil, se llevó a cabo primordialmente para beneficio de los discípulos. Quería que oyeran lo que decía y vieran lo que hacía. Más adelante les preguntará acerca del significado. En segundo lugar, la palabra que Jesús usó para decir «perrillos» no es la palabra griega común que se refiere a los «perros» y que se usaba para dar a entender los perros salvajes que corrían por las calles. Usó una palabra diferente, un diminutivo que se refería a los perros pequeños que servían de mascota de regazo, y que vivían en la casa. Al usar este vocablo más suave, le restó fuerza a la expresión *perro*. En tercer lugar, nosotros no estuvimos allí, y no podemos oír el tono de voz con que habló. He oído que un hermano se vuelve a uno de nuestros ancianos y le dice: «¡Sí que eres un pillo!». Uno puede decir algo así con tono de

desprecio o con tono de afecto. El tono de la voz cambia totalmente el significado. El hermano usó el tono de afecto cuando lo dijo. Nosotros no oímos el tono que usó Jesús, pero estoy convencido de que le restó fuerza a Sus palabras.

Jesús le dijo a esta mujer, en efecto: «La salvación pertenece primero a los judíos. ¿Está bien tomar el pan que estaba destinado primordialmente a los hijos, los judíos, y dárselo a sus perros mascotas, los gentiles?». El significado es este: «Soy judío, señora. Usted sabe lo que los judíos piensan acerca de personas como usted. Ellos se consideran hijos de Dios, y a ustedes los consideran perros. ¿Qué opina de eso?». La mujer aprovechó las palabras que le sirvieron en bandeja, y se puso a la altura de las circunstancias. «Es cierto —dijo ella—, los hijos deben recibir el pan primero, pero aun los hijos alimentan a los perrillos que están debajo de la mesa con las migajas que sobran». Marcos dice que por la respuesta de ella, Jesús sanó a su hija. Tal parece que a Jesús le impresionaron en gran manera el ingenio y la insistente fe de ella. Cuando la mujer volvió a su casa, encontró a su hija sana.

Me imagino que más adelante, cuando Jesús y los discípulos estuvieron solos, les pudo haber dicho: «¿Qué entendieron de todo lo que han oído y visto hoy?». Habían tenido mucho que pensar, ¿verdad que sí? Jesús había roto una vez más la tradición. Cuidó de una extranjera y ayudó, sanó y mostró compasión por una gentil. Los discípulos

tuvieron que procesar todo lo anterior en sus mentes. El mensaje implícito de tales episodios fue contundentemente claro tanto a ellos como a nosotros.

CONCLUSIÓN

¿Qué tradiciones y prejuicios abriga usted ahora mismo en su corazón que le impiden amar y ayudar a ciertas personas? ¿Ha escogido alguna vez a alguien a quien usted en realidad no quería, y le ha hecho una obra de bondad? ¿Se ha concentrado alguna vez en alguien cuyas creencias y prácticas religiosas eran completamente diferentes de las suyas y le ha hecho alguna obra amable a propósito?

Creo que a todos nos podrían sorprender las barreras que hemos permitido que se levanten en nuestros corazones. La lucha de la verdad contra la tradición dio como resultado la cruz. Jesús no llenó las expectativas predeterminadas de los judíos. No se amoldó a las interpretaciones tradicionales que ellos hicieron del Antiguo Testamento. Lo crucificaron porque prefirieron la tradición a la verdad. Esta misma elección debe enfrentar cada uno de nosotros hoy día. Cada uno de nosotros debe decidir si la autoridad fundamental que gobernará su vida va a ser la verdad o la tradición. Rara vez sucede, si es que alguna vez sucede, la conveniente equivalencia de la una a la otra. Pero hay algo de lo que podemos estar seguros: Sabemos que solamente la verdad puede hacernos libres.